

ZACH KING

EL ESPEJO
MÁGICO



DESCÁRGATE
GRATIS LA APP
en
WWW.ZACHKINGMAGIC.COM

DESTINO



ZACH KING



EL ESPEJO
MÁGICO



Ilustrado por
BEVERLY ARCE



ZACH

KING

**EL ESPEJO
MÁGICO**

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Zach King. Mirror Magic*

©King Studio, LLC, 2019
Ilustraciones de Beverly Arce
© de la traducción: Carlos Abreu Fetter, 2019
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-08-20796-2
Depósito legal: B. 9.570-2019
Fotocomposición: Realización Planeta
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

—¿Seguro que no necesitas ayuda? —preguntó Aaron.

—Qué va —respondió Zach King, muy seguro de sí mismo—. Lo tengo todo controlado.

Aunque las clases habían terminado en el Colegio Público Horace Greeley, Zach y sus amigos Aaron y Rachel estaban en el nuevo teatro del colegio, detrás del escenario. Como Zach necesitaba ganarse unos créditos extras, se había ofrecido



voluntario para colaborar en la producción de *Blancanieves y los siete enanitos* que montaba el club de teatro. Sin embargo, se había retrasado, y los decorados y telones de fondo para la obra, que iba a estrenarse la noche del sábado, no estaban listos. Solo faltaban tres días, y aún tenía que pintar la sala del trono de la reina malvada, la cabaña de los enanitos y el bosque si no quería que la función dejara demasiado a la imaginación del público.

Zach, Aaron y Rachel se encontraban frente a una hilera de planchas desnudas de contrachapado. Los actores ensayaban en el escenario, al otro lado de los decorados sin terminar. Zach oyó una voz que procedía de detrás del telón.

—¡No, no, no! —protestaba Tricia Stands, la chica más mandona del colegio y la abusona número uno. Aunque Zach no alcanzaba a verla, no le costaba imaginar su expresión—. ¡Yo soy la estrella! ¡Soy Blancanieves! ¡El foco debe iluminarme a mí!

—Pero, Tricia... —alegó la voz de la señorita Flake, la profesora de teatro—, el público tiene que poder ver a los otros personajes...

—Además, este vestido no es lo bastante *princesil*—continuó Tricia sin hacer el menor caso a la profesora—. Soy la más bonita del reino. ¡Tengo que estar fabulosa! ¡No puedo actuar vestida como una campesina!

Aaron, entre bambalinas, puso cara de exasperación. En cuclillas sobre un baúl pequeño lleno de disfraces y atrezo, se apartó el despeinado flequillo de los ojos. Su atigrado y regordete gato *Michael* se le sentó en las rodillas y ronroneó encantado cuando Aaron lo acarició. El chico llevaba a su minino a todas partes, incluso al colegio, aunque no estaba permitido.

—Todavía no me puedo creer que Tricia haga el papel de Blancanieves —comentó—. ¿No es de cajón que debería interpretar a la reina mala?

—¿Cómo iba a dejar que otra chica fuera la protagonista? —dijo Rachel—. Además, ¿no recuerdas que la reina mala se transforma en una bruja vieja y fea en el último acto? Tricia no se pondría una peluca y verrugas postizas ni muerta.

Zach pensaba para sus adentros que debería haberle dado el papel de Blancanieves a Rachel. Era la chica más bonita del colegio, con diferencia. Tenía el cabello casta-

ño y largo, unos ojos grandes y negros, y la cabeza mejor amueblada que Zach había conocido, y, por si fuera poco, era cinturón marrón de karate y campeona de equitación. Ese día llevaba ropa especial para pintar: una camiseta gastada, vaqueros y botas camperas. Había acudido a ayudar a su amigo y estaba preparada para ensuciarse si hacía falta otro par de manos. El muchacho sabía que, incluso si le hubieran pedido que actuara en la obra, ella habría preferido estar entre bastidores. Tricia era quien tenía la necesidad de ser siempre el centro de atención.

—No hablemos más de Tricia —propuso Rachel—. Deja que te ayudemos a pintar. Hemos venido a arrimar el hombro.

—Gracias —dijo Zach—. Agradezco la oferta, en serio, pero puedo ocuparme de esto yo solo. No necesito más que... ¡magia!

Muy poca gente sabía, porque era un secreto celosamente guardado, que Zach pertenecía a una larga estirpe de magos de verdad, cada uno de los cuales poseía un objeto con un poder especial. Todos sus parientes sabían hacer magia, pero durante años había dado la

impresión de que Zach no había heredado ese don, hasta que había descubierto que tenía unas habilidades únicas que obedecían normas distintas. Para empezar, podía utilizar cualquier objeto mágico, a diferencia de sus familiares, a quienes solo les servían los suyos propios.

Zach sacó una cosa de su mochila. Parecía una brocha común y corriente, con un mango de madera pulida y cerdas gruesas.

—La encontré en el desván de casa. Perteneció a un tatarabuelo mío, hace mil años. ¡Esperad a verla en acción!

Rachel observó la brocha con escepticismo.

—Creía que habías decidido no abusar de la magia excepto cuando la necesitaras de verdad.

—Me hace falta, en serio —aseguró Zach, un poco a la defensiva—. Es la única manera de terminar los decorados a tiempo.

Sabía que la magia a veces tenía su intrínquilis y que se había metido en líos hacía poco por su culpa, pero ¿qué sentido tenía poseer habilidades mágicas si no podía aprovecharlas para salir de un apuro? Al fin y al cabo, el



espectáculo debía continuar. Abrió una lata de pintura de color verde bosque.

—Confiad en mí. Sé lo que me hago.

Soltando un gruñido, Aaron se apartó un poco, por prudencia.

—Eso ya lo he oído antes.

—Más de una vez —añadió Rachel.

Zach puso mala cara, molesto porque al parecer sus amigos lo consideraban incapaz de apanárselas sin su ayuda.

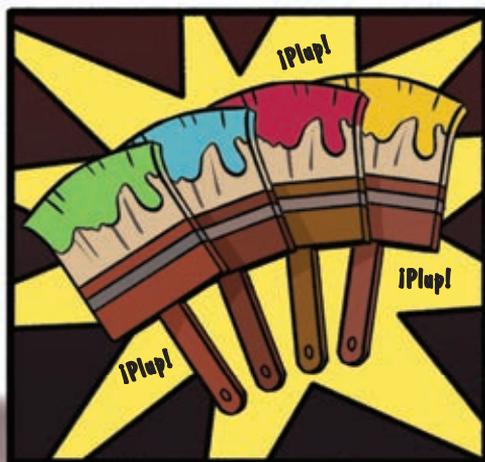
—¿No os lo creéis? ¡Fijaos en esto!

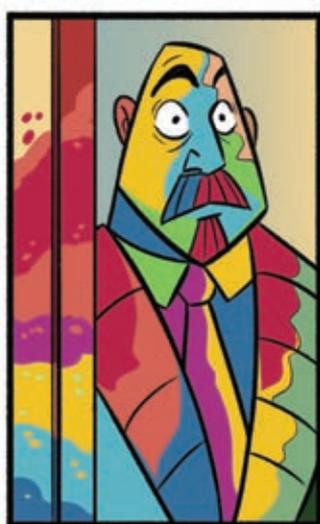
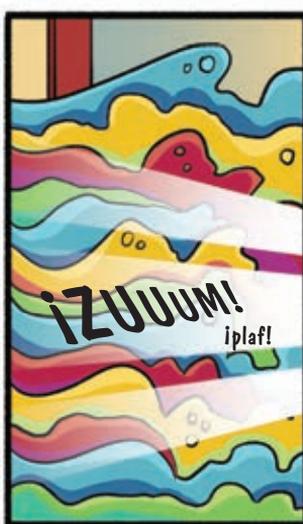
El director Riggs se alejó, furioso, sacudiendo la cabeza y refunfuñando.

«Uf —pensó Zach—. ¡Me he salvado por los pelos!»

El director Riggs no sabía que Zach era un mago de verdad. Como casi todo el mundo, pensaba que las disparatadas hazañas del muchacho no eran más que bromas y travesuras. Y tenía una política de tolerancia cero respecto a las bromas, las travesuras y cualquier otra cosa que pusiera en peligro sus planes de jubilarse al finalizar el año escolar. Lo que significaba que Zach era lo opuesto a su alumno favorito. El chico no tenía









la intención de liarla, por supuesto, pero por algún motivo siempre acababa en el despacho del director... y castigado.

Pero esta vez no. Por una vez, Riggs no había podido culpar a Zach de toda aquella locura, a pesar de sus sospechas.

—¡Gracias, brochas mágicas! —dijo Zach.

Se despegó del decorado húmedo, llevándose consigo hilillos de pintura fresca. Necesitaría una ducha y una muda de ropa limpia. A lo mejor podía colarse en el vestuario de chicos sin que nadie se diera cuenta...

—Tío, estás hecho un asco —señaló Aaron.

—No fastidies —gruñó Zach, goteando sobre la lona impermeable que protegía el suelo—. Pero al menos Riggs no me ha pillado.

Rachel repasó de arriba abajo la lamentable pinta de Zach. Suspiró, sacudiendo la cabeza.

—¿Sabes? Podrías haber dejado que te ayudáramos en vez de usar la magia.

—Pero ¿no habéis visto lo que acaba de ocurrir? —Zach recogió las brochas y las fue juntando, una tras otra, hasta que se fundieron en una sola. Después de limpiar

los restos de pintura, se guardó el utensilio en la mochila—. La magia me ha salvado.

—De un desastre provocado por ella misma —intentó señalar Rachel.

—Bueno, da igual —repuso Zach—. Sé lo que me hago. Está todo controlado.

Rachel se encogió de hombros, sin ganas de discutir.

—Si tú lo dices...

Pero no sonaba muy convencida.